F1391
.G4
G9

FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

Illmos. y Rmos. Sres.[1] VV. Prelados de los Órdenes Religiosos, RR. PP. de los Oratorios de San Felipe Neri en esta República, Respetables Sacerdotes,

Señores:

No descubría aún el Nuevo Mundo el desventurado Colón. Rico en ciencia y proyectos, pero desvalido y pobre, caminaba un día con su tiernecito hijo Diego, y luego de aportar desde la Península Itálica á las floridas playas de Andalucía, hubo de llamar, bien lo sabéis, á las puertas de un convento, pidiendo pan y agua para el referido delicado Diego. En el rostro y compostura de aquel Mendigo echó de ver por fortuna el Prior del convento Fr. Juan de Marchena, cosa por cierto muy superior al talante de un simple pordiosero. Se hablaron, y según la célebre frase que la Historia supo recoger, y la posteridad ha consagrado: «La Religión comprendió al genio.» Tomando, pues, en sus manos el cuidado y crianza de Diego, no sólo ya pan y agua: alma, vida y corazón prestó el buen Franciscano al inmortal Navegante, y con muy expresiva recomendación para Fr. Hernando de Talavera, confesor de la Reina, abrió para Aquél los caminos de la Corte, y por ende la ruta de hasta entonces inexplorados mares, contribuyendo así eficazmente á que de sus ondas aquel grande Almirante hiciese un día surgir un mundo nuevo, mundo lle-

1 Arzobispo de México, Dr. Don Próspero M. Alarcón, y de Michoacán, Dr. Don Atenógenes Silva.

F1
.9
G9

no de esperanzas y de encanto y de seductores atractivos. Ahora bien, esta Congregación Queretana que, al contar ya una centuria de existencia, ostenta hoy corona y muy preciada que, si bien la forman muy agudas espinas, con éstas enlazadas, fórmanle asimismo hermoso adorno frescas rosas, inmarcesibles siemprevivas y lirios que perfuma virginal candor, esta Congregación, repito, á la manera del inquebrantable Colón, medrando en la desgracia y en el infortunio, cuando violento y desencadenado huracán (el de la Revolución) le arranca á sus más nobles hijos para dispersarlos, Ella, cual granítica roca, enmedio de tumultuosa mar, permanece inconmovible, y hace heroica resistencia al furor de la tempestad, de aquélla tempestad, que, en doliente queja, así lamenta en ocasión solemne alguno de sus mismos ya mencionados hijos: «La tempestad que taló nuestros campos, la guerra que tiñó en sangre nuestro suelo, y que llenó de pavor á todas las conciencias, yo, aquí (en esta Casa) las pasé llorando.»[1] Corren los años, comienza á serenarse un poco el cielo, parece que el dolor concede una tregua á la *Alma Mater*, y que, claridades algo así como de aurora iluminan ya sus horizontes y presagian horas de ventura, pero, como acaece siempre á los escogidos de Dios ¡Cuán breves transcurren aquellas horas de bienandanza y de anhelada calma! Torna á rugir furiosa tormenta, ahóndase más y más la herida apenas cicatrizada, que la ínclita Congregación, la amante y dulce madre lleva de antiguo en su adolorido pecho, y desprovista de todo humano prestigio, y desposeída de todos sus bienes, aun de la amistad misma, puede sin duda, parodiando al épico Cantor de la Jerusalén libertada, que, cuando lu-

1. R. P. D. Nicolás Campa en el Sermón predicado el 26 de Mayo de 1874 en la fiesta de San Felipe Neri en la Iglesia del Oratorio, Querétaro.

CAPIL
FERNAN

chaba con todas las adversidades y con todas las pobrezas, hubo de exclamar: «Me queda aún el genio, que es don de Dios, y sólo Él podrá quitármelo,» puede digo, asimismo exclamar á su vez: «Me queda aún el espíritu de mi Santo Fundador, espíritu que es don de Dios, y sólo Él podrá quitármelo.» Y con aquella energía sobrenatural, con aquellos bríos que de divino tienen casi todo, y casi nada de humano, á la postre yérguese ufana de su abatimiento, y vistiendo ropas semejantes á las que vistiera un tiempo el Mendigo sublime de la Rábida, vuelven á faltarle los alientos, y casi á punto de morir, en sus desfallecientes brazos, los dos hijos mayores que aún le quedan, aciertan á colocar á otro, al menor de aquéllos, inerme todavía y desvalido, para que durante penoso camino venga á ser báculo y sostén de su angustiada Madre. Entonces la noble Matrona estrecha contra su corazón, y fomenta al calor de su regazo, á aquel hijo tan tierno como tan amado, y con acertado consejo ¡Qué digo, corre! Con alientos que el amor le presta, vuela presurosa á llamar en demanda de la vida para ese su mismo hijo, no por cierto á las puertas de místico asceterio, sino á otras que para todas las desgracias, para todos dolores y á toda hora están siempre abiertas: al noble corazón de Vosotros, ó ilustres Pastores, que con vuestra augusta presencia dais tanto realce á esta solemnidad de suyo humilde y nada ostentosa. Vuestra caridad no se hace esperar, y enmedio de tanto abatimiento, que le viene minando la existencia harto trabajada por tanto desastre, reconocéis, al abarcarlo y penetrarlo todo con vuestra mirada, á una de aquellas hijas más esclarecidas del grande Apóstol de Roma, y echáis luego de ver en ella algo superior y con mucho al talante de infeliz pordiosera: vuestro amor adivina, y vuestra ternura descubre en

1020004710

la noble fisonomía de Aquélla, y entre los harapos que cubren su aparente mendicidad, el espíritu de su egregio Padre, que esplende, como entre la densa niebla, la estrella de la mañana. Entonces no ya sólo pan y agua, quiero decir, vuestro importantísimo y trascendental valimiento, sino que le prestáis, ¿por qué no pregonarlo á la faz del cielo y de la tierra cuando á todos es notorio? le prestáis, repito, al acoger esa su demanda con singular benevolencia, cosa que deja y muy abajo su agonizante esperanza: Vuestra alma, vuestra vida, vuestro corazón! Así habéis cooperado á que esta insigne Congregación, en la presente fiesta secular haga surgir á su vez, de entre las ondas de tempestuoso mar de tribulación, un mundo nuevo, un mundo sonriente con la más dulce y halagadora esperanza. ¡Loado sea Dios y bendita mil veces su adorable Providencia!

Muy justo es por tanto, Illmos. Sres., tributaros un público homenaje de gratitud, lo propio que al Ilustre Prelado de Carpasia, que no ha muchas horas hubo de prestar valioso contingente á estas fiestas, con haber hecho correr el oleo santo sobre el Ara Máxima de la Iglesia anexa á esta casa. Comisión tan honrosa vengo á desempeñar en esta noche, ofreciéndoos en la presente desaliñada alocución la actual solemnidad en nombre de este queretano Oratorio cuyos destinos dignamente rige el Rvdo. P. Loyola. Así que, es puesto en razón consagrar al menos ligera reminiscencia á su tan evidente como trascendental y gloriosa labor.

Al contemplar lo que no ha muchos años era esta casa que nos ofrece el amplísimo recinto que hoy nos congrega, es á saber, y en ello no cabe exageración, casi un hacinamiento de escombros y de pavorosas ruinas, y lo que es ahora en su mayor parte restaurada y graciosamente de-

corada por el mencionado Padre á quien ya podemos apellidar, sin ofender su modestia, insigne hijo de San Felipe. ¿No me será lícito mirarle antes de acometer su noble empresa, para poder justipreciarla, como á aquel árabe del desierto, á quien de esta suerte en harmoniosa estrofa cantara Carpio, nuestro dulcísimo poeta:

«Volviendo acá y allá la faz doliente»
«Acá y allá ve huellas de leopardos,»
«Y á grandes trechos los punzantes cardos»
«En vez de un terebinto ó de una fuente?»

Y ¿si en el orden puramente material así entrega á su Madre el repetido hijo de San Felipe todo su haber, qué decir de la obra que realiza en el orden moral?

Pienso que para no trasponer los linderos de un justo encomio, con celebrar á esta fecunda Madre en sus hijos cuya existencia en el ocaso de la vida ocultóse como un sol, habré, á no dudarlo, celebrado en ajustados loores, á los que hoy viven, y que entre nosotros se encuentran en esta noche, como quiera que en los claros ejemplos de aquéllos, cual en fuente cristalina y pura, han sabido beber el espíritu, que á todo buen oratoriano debe animar, así al R. P. Loyola, como al pío y docto Varón, al ínclito Veterano, á cuyo noble esfuerzo es debida la hermosa decoración del templo á San Felipe dedicado, y cuya frente coronan venerandas canas, y que, abrumado por hondos pesares, por indecibles dolores, ha comenzado á sentir ya el frío pavoroso de la tumba. Ahora bien, ¿cómo salir airoso en mi empeño? Oid, oid. De Cornelia, la egregia madre de los Gracos, la Historia Romana nos refiere que hallándose cerca de otra matrona distinguida, como ésta, para hacer alarde, le mostrase rico joyel y demás valiosa

pedrería con que iba ataviada, Aquélla, á la que ninguna alhaja adornaba, señalando á sus dos hijos, acertó á decir á su vanidosa interlocutora: «He aquí mis tesoros, aquí tenéis la riqueza mía.» Y para dar complemento á estos conceptos, quiero hacer mérito del bellísimo panegírico, que, del Gran Sacerdote Atanasio, patriarca que había sido de la Iglesia de Alejandría, compuso allá en Constantinopla, á instancias del Emperador Teodosio, el preclaro San Gregorio de Nacianzo. «El elogio de Atanasio, dice, será el panegírico de la virtud: pues que el uno viene á confundirse y á identificarse con la otra. Aquel grande hombre reunía todas las virtudes: y. . . . ¡qué digo, reunía! mejor diré, las reune todavía, y forman en Él brillantísimo conjunto: como quiera que á los ojos Dios siempre está viviendo, aun después de muerto, quienquiera que sea que en esta miserable tierra ha sabido vivir según el mismo Dios.» He aquí el ameno vergel de cuyos prados cojo lozanas rosas á fin de entretejer hermosa guirnalda para los distinguidos sacerdotes de esta ínclita Congregación, á través de cuyas tumbas trasciende aún delicado aroma de virtud que impregna el ambiente de esta Casa. Sí, el panegírico de cada uno de ellos, es el panegírico de la virtud, y ante la tarea imposible de elogiar á uno por uno, condensaré su alabanza en la inspirada frase, con que Jesús, hijo de Sirak, celebra en el libro del Eclesiástico á los Jueces de Israel diciendo: «Loados sean cada uno por su nombre. . . . . aquellos cuyo corazón no fué pervertido, porque no se apartaron del Señor; á fin de que sea bendita la memoria de ellos, y reverdezcan sus huesos allá donde reposan, y dure para siempre su nombre, y *pase á sus hijos* con la gloria de aquellos santos varones.» Eccli. c. 48. v. v. 13, 14 y 15.

Iba á callar, Señores, pero dejad por un momento que respire mi alma, y permitid que, para pagar justo tributo al par que solemne y público, de profunda gratitud y de acendrado amor, vuelva mis ojos, todavía nublados por el llanto, entre la constelación de preclaros sacerdotes que adorna este oratoriano cielo, hacia uno de ellos, que, cual bienhechor y luminoso faro, en sus secretos encendiera para mí la Providencia, y el cuál calentándome con su amor más que paternal, ilustrándome con su ciencia y edificándome á toda hora, con ejemplos de sólida virtud, supo por entre los mil bajíos de este mundo, orientar y dirigir la frágil embarcación de mi vida, y al secundar así los divinos designios, hubo de traerme como de la mano, á esta santa Casa, inscribir mi nombre en el catálogo de los hijos de su ilustre Fundador, introducirme en el Santuario, y hacerme subir, aunque con trémula planta, por las gradas del Altar Santo, de aquel altar de Dios que así colmaba de alegría mi juventud, en aquel entonces, temprana.

Vosotros en vuestra gran mayoría le habéis conocido, y á tal grado lo admirabais ¿No es verdad? que hasta llegasteis á conceptuar su muerte como una calamidad pública. Perdonad, pues, á un hijo que siente desbordar su pecho en avenidas de gratitud, si no exhalar un gemido, al menos que la flor de este póstumo recuerdo, brotada del fondo del alma, al bienhechor influjo de sentimientos tan legítimos, vaya á depositarla reverente sobre la helada losa que, tres lustros ha, cierra el sepulcro de su lamentado Padre.

Este Oratorio, pues, vive todavía porque es obra de Dios. Cuádrale muy bien aquella inspirada sentencia con que Gamaliel, maestro que fué del Apóstol San Pablo, acreditó ante el Supremo Consejo de la Nación Judía, el origen di-